

## PREOCUPACIÓN POR LA IMPORTANCIA DE LOS FENÓMENOS ACCESORIOS EN EL PROCESO DE ESTABILIZACIÓN

*Conferencia pronunciada el día 11 de febrero de 1960, por el  
Académico numerario,*

ILMO. SR. DON JOSÉ-MARÍA VICENS COROMINAS

### I. NUESTRA PERSONALIDAD COLECTIVA

Reclinada al pie del Monte Parnaso yacía la capital de Focida, la graciosa Delfos que atesoraba para los griegos el gran Templo dedicado a Apolo, cuya fama trascendía las fronteras por sus famosos oráculos. En el frontispicio de dicho Templo, como para llamar la atención del visitante, figuraba esta profunda leyenda: *Conócete a ti mismo*. Conócete a ti mismo; lo más difícil, lo más complicado. Mi introspección. El saber cómo soy yo. Así, tal como soy, sin aditamentos de ninguna clase, fríamente, honradamente.

He aquí señores, el punto casi fundamental de nuestra conferencia. Pero no trataremos de una disquisición filosófica; no trataremos de que cada uno investigue su personalidad, no. Trataremos de conocer, de investigar nuestra personalidad colectiva, nuestra manera colectiva de reaccionar y bajo cuya personalidad debemos y vamos viajando por estos mundos de Dios alternando con los vecinos de este hormiguero humano que denominamos nuestra Europa. ¡Nuestra Europa! No la Europa de los demás, a los que tengamos que solicitar permiso para poder convivir. Nuestra Europa, que nosotros con nuestros hombres, a través de los tiempos y generaciones, hemos contribuido a formar. Por esto, dilectos amigos, entre este hervidero humano de ideas, de luchas, de guerras, de ataques, entre este oleaje de asociaciones, de convenios, de tratados, de invitaciones y de repudios, ante esta baraúnda humana, vamos a realizar nuestro viaje para conocer, por encima de todo, quiénes somos, para pe-

netrar en las profundidades de las simas de nuestro ser colectivo, constituido, no por un amasijo de individualidades, sino por una yuxtaposición de ellas que, conservando cada una su manera de ser, marchen juntas a través de los tiempos, hacia un destino común.

Pero nuestra alma colectiva, tiene tantas facetas, tan variados matices, que bien merece, como decíamos, que le dediquemos, aunque sea en pequeña parte un apartado en nuestra disertación.

Psicología de un pueblo. He aquí la fase primordial para todo principio de buen gobierno. Conocer el alma, que esto es la Psicología. Lo dijo Melanchton en el siglo xvi cuando introdujo el vocablo. Era preciso una ciencia que conociera el alma. Vamos a ver pues, señores, si logramos, aunque sea por encima, si podemos conocer nuestra alma colectiva. Si podemos averiguar cómo somos.

Difícil empeño si no tenemos quién nos ayude. Pero temo si consultamos nuestra propia opinión, que seamos parciales. Todos los actos, aun los más reprobables, tienen para el sujeto que los realiza su propia justificación; por ello es difícil conocerme, porque mis defectos, para mí no son defectos, sino virtudes, son reacciones naturales para defenderse de algo. Y como los defectos son tan difíciles de reconocernoslos, hemos creído, que lo más prudente era averiguar cómo nos ven los demás, cómo aparecemos ante los que nos juzgan. Es posible que también adolezcan del vicio de parcialidad; pero si bien observamos algo nos dirán que nos afectará y es preciso, pues, que procuremos averiguar si encontramos este algo.

Nos han descrito el pueblo español, sobre todo en estos últimos tiempos, de tan variadas maneras, que muchas veces me he preguntado: ¿Realmente somos así? La pandereta..., las castañuelas..., las manolas..., los toreros... No, no. En realidad, de verdad, no todos somos así. Pero si examinamos el bullicio de nuestras playas en las épocas estivales, los extranjeros que se saturan de sol de España, contagiados de esta agitación bullanguera, y que hasta se atreven a saltar al ruedo, diremos que para ellos, y no son pocos, España es así.

Pero permitidme que me separe un poco de estos pareceres y busque algo que nos presente otra visión del pueblo español. Y este algo salió en una expresión caricaturística, aparecida hace ya muchos años, pero que bien examinada tiene perenne actualidad como podréis observar seguidamente.

Se trataba de juzgar la manera de ser de tres naciones. Inglaterra, Francia y España. El caricaturista escogió una competición. La cucaña.

Tres cucañas levantadas en un campo de competición. Al pie de cada una aparecían respectivamente los tres representantes: un inglés, un francés y un español. Cada cucaña estaba rodeada de sus compatriotas, en plan de animadores. Suena la señal y empieza la difícil ascensión. El inglés, lentamente iba subiendo, con su público espectador. El francés, ascendía con serias dificultades, pero los suyos, aprovechando algunas distracciones, le daban empujoncitos para que no perdiera terreno y ascendiera, pero ascendía con dificultad. Y el español, por el contrario, dotado de una agilidad asombrosa, enfiló rápidamente la cucaña y superó la primera zona. El francés, preocupado, puso en guardia al inglés, que le contestó: Tú vigila y déjales hacer. En efecto, a los pocos momentos protestaba el español de que sus compatriotas no le dejaban subir. Le agarraban por la camiseta hasta que abandonó, entablándose entre ellos una lucha a muerte; el francés nos contemplaba asombrado y el inglés, sin inmutarse, alcanzó la meta.

He aquí, señores, una descripción de hace ya muchos años. No sé si será exagerada; pero una descripción que se puede ir actualizando constantemente. ¿Será verdad? ¿Existen ejemplos de ello? No quiero opinar. Sólo voy a mencionar rápidamente un caso: Monturiol. Inventó el submarino. Trabajos, estudios, ensayos, y por fin en Barcelona y Alicante realizó pruebas de su Ictíneo, completamente satisfactorias. Una R. O. concedió a Monturiol material y hombres para llevar a la práctica el invento.

Pero cuando todo estaba ya a punto, la disposición gubernativa no llegó a cumplirse. Se constituyó una sociedad de un capital muy importante, en aquella época, de un millón quinientas mil pesetas — era el año 1884 — pero cuando todo parecía iba a realizarse, cuando ya ascendía por la cucaña, los accionistas no quisieron desembolsar el dinero y como es natural, se vino abajo. El submarino lo explotó otra nación.

Ahora bien, esta descripción tan rápida, de una psicología colectiva, no es producto de un acto simple, sino que es fruto de un complejo en el que concurren factores de orden individual, reacciones de movimientos colectivos de una gama extensísima que, mutua y alternativamente actuados, dan resultados de una trascendencia, a veces, insospechada, tanto en sentido favorable como de posición adversa.

Analizando, desintegrando con suma atención este complejo, encontraremos valores, elementos motores de la comunidad:

a) El pueblo registra una impresionabilidad acusadísima que reacciona a cualquiera descarga afectiva.

b) Un sentido individualista, personalista, quizás egoísta, que según Tolstoy y Fournier, laboran para sí mismos. Un egoteísmo encubierto.

c) Un autoconvencimiento de superioridad equipado con una carga de ofensiva crítica.

d) Una subordinación casi ciega a lo tradicional, que en algunos casos llega hasta el fanatismo, pero que puede actuar y ha actuado en muchos casos como elemento catalizador de valores morales adormecidos.

e) Una colectividad individualizada, es decir, que no hay fusión de voluntades sino simplemente yuxtaposición de intereses, de cualquier orden, comunes en un momento dado, lo que sólo permite constituir pequeños grupos, ya que de lo contrario, si fueran numerosos tenderían rápidamente a la desintegración. Son susceptibles de unirse circunstancialmente para grandes empresas.

f) La actuación de los grupos acusan normalmente cierta perplejidad y sufren rápido desgaste al ponerse en contacto con la oposición por obedecer a uniones convencionales de carácter circunstancial.

g) Los grupos tienden al poder, con exclusión de los demás, sin admitir diálogo.

h) Los grupos, al defender sus posiciones son apasionados, violentos, y si ponen armas de combate, las fricciones pueden tender, por intransigencia, hasta la guerra civil.

i) Los grupos suelen tener un cierto temor a la crítica y por tanto eliminan todo intento de controversia.

j) Tienen potencial reactivo muy acusado que puede entrar en acción por estímulos afectivos de orden ideológico o económico.

Estos elementos del complejo que acabamos de describir, se mutuo-influyen y crean un alma colectiva diferenciada, de reacciones propias y de acuerdo con la influencia del grupo o grupos preponderantes.

## II. EVOLUCIÓN POLÍTICO-SOCIAL

Con esta extensa gama de integrantes, que todos hemos podido comprobar mediante la aparición del ejemplo, podríamos profundizar todavía

más; podríamos hacer aparecer nuevos matices que nos conducirían a los arcanos de nuestra personalidad colectiva. Pero no es éste el momento ni merecen ustedes que canse yo su atención: sólo haremos un pequeño resumen de lo que ha sucedido en el gobierno de nuestra Patria, en lo que va de siglo. Sabemos que para que una nación se desenvuelva normalmente, necesita cierta permanencia del equipo gubernamental, para que pueda estudiar y resolver los problemas que se le planteen. De lo contrario, preocupado por la inestabilidad de unas funciones, no puede cuidar la cosa pública con la intensidad que requiere y se siente desbordado por las presiones constantes de los gobernados.

¿Qué sucedió, pues, en nuestra Patria? El siglo XIX terminaba con nuestra potencia colonial. El 10 de diciembre de 1898 se firmaba en París el Tratado de Paz con los Estados Unidos y con él cesaba la soberanía española en Cuba, se cedía Puerto Rico y demás islas de las Indias occidentales, etc. El alma española encajaba este rudo golpe — todo se hundía a su alrededor — y desde fuera, como también se pretendía ha pocos años, se pronunciaba esta terrible frase *Finis Hispaniae*. España ha terminado. Pero España no se hundió, pero se inició, con todo, un período de intensa agitación. En 1902 entra el Rey en mayoría de edad. Su madre le traspasa la Regencia, y empezamos: contemos los gobiernos hasta nuestras fechas.

Año 1902, dos; 1903, dos; 1904, uno; 1905, tres; 1906, cuatro; período de gran agitación por aparecer con cierta virulencia las tendencias revolucionarias. Se casa el Rey y atentado contra el mismo. Agitación en Cataluña y rápida represión, instaurándose un período de paz que duró dos años. 1909, revuelta en Marruecos y revolución de Julio, un gobierno; sofocada la revolución se ensaya un gobierno liberal; 1910, un gobierno; 1912, un gobierno; 1913, uno que dura hasta diciembre de 1915; 1915, un gobierno, que dura hasta abril de 1917; 1917, dos gobiernos; 1918, tres gobiernos; 1919, dos gobiernos; 1920, un gobierno; 1921, dos gobiernos; 1922, dos gobiernos 1923, dos gobiernos; agitaciones de todo orden, desastres en Marruecos; la nación está en vilo; atentados, huelgas, bombas, etc. En septiembre, el General Primo de Rivera proclama la Dictadura Militar, cuyo gobierno dura hasta 1925, se reorganiza y actúa hasta enero de 1930, en que cesa la Dictadura; un gobierno del General Berenguer. 1931, elecciones generales, un gobierno. Proclamación de la República, tres gobiernos republicanos; 1932, un gobierno; 1933, tres go-

biernos; 1934, tres gobiernos; 1935, cinco gobiernos; 1936, primer semestre, tres gobiernos, Revolución y guerra civil. 1938 y 1939 hasta abril, guerra civil. 1939, un gobierno; 1940, un gobierno; 1941, un gobierno que dura dos años; 1943, un gobierno que dura dos años; 1945, un gobierno que dura cinco años; 1956, un gobierno.

Vemos, pues, a través de estas notas, que la nación ha pasado por verdaderas situaciones críticas y que no conoció, excepto en los últimos tiempos, períodos largos de tranquilidad, elemento básico para lograr una situación económica holgada. Con lo que se acaba de exponer, se puede colegir que en el complejo español sobresalen los siguientes elementos: Impresionabilidad, colectividad individualizada, subordinación a la tradición, actividad de grupos de carácter inestable, temor a la crítica y potencial reactivo.

Estos son los elementos principales que han influido en nuestra vida colectiva y que han ensangrentado en repetidas fechas nuestro suelo con verdaderas luchas fraticidas. Pero si los analizamos, veremos que si bien utilizándolos de una manera o forma ligera, han sido verdaderas espoletas que han provocado las grandes explosiones de carácter social, en cambio, si las tuviéramos en cuenta —, ya que así somos y vemos muy difícil de que podamos cambiar —, si las encauzáramos debidamente, inteligentemente, quizás llegaríamos a alturas insospechadas por su gran valor energético.

Hay que luchar, hay que trabajar para que todos los de la comunidad formemos una unidad operante, exigiendo la cooperación de todos, admitiendo que en este consorcio, los afectados por medidas gubernamentales, tienen derecho a hacer oír su voz, a ser escuchados para que puedan calcular la importancia de las medidas que se pretende tomar en relación con sus actividades. Con estos diálogos, no cabe duda que todos, gobernantes y gobernados, se sentirían más responsables, ya que disminuida la actividad del grupo, se dirigirían todos los esfuerzos hacia el bien de la comunidad, que sería, en definitiva, nuestro propio bienestar.

Pero debemos hacer justicia a este pueblo, que si reacciona de una manera tan variada, a veces tan turbulenta, no pierde la serenidad en los momentos difíciles, prestando su apoyo a los mismos que quizás había combatido, al ver peligrar el porvenir de la Patria. Entonces, e intuyendo por tradición sus efectos, laboran de consuno todos los grupos, y vemos a este pueblo, en los momentos culminantes de su historia, entregarse enteramente al servicio de la Patria, olvidando sus rencillas internas.

Y así se explica el famoso dos de mayo, con el mensaje del alcalde de Móstoles. ¡La Patria está en peligro! Y aquel mensaje tuvo la virtud de levantar la moral del pueblo español, que se revolucionó con el poder de Bonaparte. El pueblo no quería ser sojuzgado. Y no cesó hasta lograr la independencia patria.

Es un pueblo que siente lo social y que pretende llegar al bienestar mediante la puesta en acción de doctrinas que, incluso en países socialistas, se consideran difíciles de implantar. Es un pueblo eminentemente tradicional, conserva los tesoros de sus costumbres, con extremada fidelidad y por ello nos es posible hoy admirar aquellas manifestaciones religiosas que para algunos serán clasificadas como espectáculo, pero que tienen un fondo de sentimiento real. Ora serán los majestuosos pasos de Semana Santa, que atraen multitudes en las tierras sevillanas. Ora serán las ferias que conservan el típico sabor de lo lejano, con sus caballerías enjaezadas, que por unos días desplazan a los vehículos automóvil. Ora serán las Procesiones del Corpus, con sus gigantes y sus alegres manifestaciones llenas de un fervor popular. Y estas tradiciones son precisamente las que conmueven el alma del pueblo y cuando vislumbran una posible proscripción, anunciada por desórdenes que van sucediéndose en todos los ámbitos del país, se levanta este pueblo y las defiende y entrega por ellas, si es necesario, pedazos de su propia vida.

### III. EL PROCESO ECONÓMICO DE NUESTRA POSTGUERRA

Hemos contemplado a través de esta serie de gobiernos que ha tenido España, desde el comienzo de siglo, un estado de inestabilidad y por tanto de difícil enfoque de una economía. Es verdad que en aquellos tiempos no existía una economía dirigida y los propios industriales eran los que ordenaban la producción y se preocupaban de que las ventas no se circunscribieran a los mercados exclusivamente nacionales. Las renovaciones necesarias de maquinaria eran llevadas a cabo normalmente. La intervención de divisas sólo apareció entrada ya la segunda década de siglo. Cabe hacer notar aquí, que algunos productos o artículos manufacturados españoles eran, en aquellos tiempos, muy apreciados en el extranjero.

El tiempo de que disponemos no nos permite hacer la historia económica de aquellas épocas y debemos, por tanto, ceñirnos a lo que sucedió

cuando las armas de nuestra guerra civil dejaron de atronar los espacios de nuestra Patria y se inició la difícil tarea de la reconstrucción nacional.

Arrasados los campos y sembrados de material bélico, era natural que se presentara una era de carencia, tanto más cuanto que las divisas que debían responder o avalar las compras o importaciones, eran prácticamente nulas.

Había desaparecido el oro y con él toda cobertura monetaria. El trabajo pasaba a ser el elemento indispensable para iniciar la consolidación de nuestra malparada economía. El comercio intervenido, las primeras materias sometidas a cupos; por necesidad imperiosa obligó a instaurar en la postguerra las cartillas de racionamiento y con ello una nueva fase de la economía. Toda escasez lleva como secuela una alza de precios, alza que se irá acentuando hasta que reintegradas las industrias a su producción normal o con importaciones masivas, vuelvan a suministrar al mercado las cantidades reclamadas por el consumo. El recorrido de esta etapa es sumamente duro y difícil y la abundancia de papel moneda promovida por la inflación y la escasez de materia prima, actúa sobre los costes, desvalorizando la unidad monetaria en forma inquietante.

Veamos un pequeño ejemplo que nos ilustrará sobre los estragos que iba produciendo la inflación.

Por cinco pesetas, en el año 1940, podían comprarse veinticinco pequeños panecillos; en 1945, por la misma cantidad sólo servían diecisiete; en 1950, diez; en 1955, sólo entregaban cinco; y en 1959, sólo se podían adquirir tres.

Ello nos indica la perturbación económica que sufría el país y que iba tomando proporciones alarmantes.

Si ahora examinamos el recorrido que realizaban los salarios en los tiempos indicados, veremos lo que podíamos comprar con los aumentos que experimentaban los salarios.

Así, por cada cinco pesetas que percibía en 1940, en 1945 cobraba 7,25 y podía adquirir todavía 25 panecillos; en 1950, le daban 7,75 y podía adquirir 15; en 1955, cobraba 12,75 y podía comprar sólo 12, y en 1959, por cada cinco pesetas que percibía en 1940 cobraba ahora 26,20 y a pesar de ello sólo pudo adquirir 17 panecillos, es decir, que el potencial económico había sufrido un descenso con respecto al año 1940, de un 30 por ciento aproximadamente.

Así las cosas, se introdujo la estabilización sin haber llegado a la pa-



ridad de 1940, época que se consideraba normal, y por tanto, al congelar toda adaptación se dejó al salario sin el poder adquisitivo necesario para coadyuvar a las tareas de la estabilización.

Creemos que aquí se dio un primer paso algo dudoso al reducir de un cerrojazo la posibilidad de normalizar el consumo. Sabemos que el comercio se basa en el consumo y el consumo tiene su punto de partida en las disponibilidades dinerarias o en forma de crédito. Estabilizar sin tener los costos ajustados al nuevo valor monetario, debía producir, como así sucedió, una paralización en las compras. Si a ello añadimos que por miembros del gobierno se encarecía a los consumidores una restricción en las compras y por tanto, dedicar el sobrante al ahorro, tendremos planteado un problema cuya solución quedó pendiente.

La crisis de compra repercutió, como es natural, al comerciante y éste la transfirió al industrial, creando el primer momento de angustia, que desencadenó una no pequeña conmoción económica. Las estanterías se iban llenando, inmovilizando dinero, mientras las cambiales aceptadas para pagar créditos o mercancías recibidas, iniciaban las rutas de los impagados. En seguida aparecieron los fenómenos de la infra-inflación, que son de factura idéntica a los ocasionados por la inflación, ya que todos ellos tienden a la desintegración económica. La inflación desvaloriza la moneda y la incapacita para nuevas compras, mientras la infra-inflación desvaloriza las ventas y los ingresos obtenidos por ellas no permiten reponer las unidades vendidas.

Llenos los anaqueles, paralizados o reducidos los créditos, disminuidas muy sensiblemente las compras por falta de potencial económico del consumidor, el industrial no tuvo otra salida para cumplir sus compromisos que desprenderse del género a cualquier precio. Todos recordaremos, pues, (poco es el tiempo transcurrido) que antes de llegar a una liquidación total aparecían en los escaparates carteles anunciadores de grandes rebajas de precios; algunas en verdad eran tan elevadas que representaban un cuarenta por ciento del precio normal. Tal situación despertó una momentánea actividad compradora y el industrial o comerciante pudo realizar parte de sus existencias, a cambio de no reponerlas jamás. Sin crédito y sin dinero no pudo mantener sus stocks, y sin demanda tuvo que reducir su fabricación apareciendo el segundo fenómeno, infrainflacionista, que es el paro obrero. Ello tuvo la fatalidad de reducir todavía más la capacidad de compra del elemento trabajador.

Esta situación que tuvo repercusiones hondas, pronto fue acusada por la industria y después de estas precipitadas realizaciones para atender los primeros compromisos, se plantearon ya en muchos casos las temidas suspensiones de pagos, con las consiguientes pérdidas de valores. El cariz que tomaba esta situación originó un movimiento prudente de los Bancos, que viviendo la tragedia del industrial (hablo del industrial honrado), iniciaron unas nuevas situaciones de suspensiones convencionales, es decir, se dejaba prácticamente sin efecto el carácter ejecutivo de la cambial o del crédito, y se buscaba, procurando conservar el valor de los activos, que el suspenso estudiara la posibilidad de mantener en servicio el rendimiento de sus factorías, ya que de obrar de manera distinta hubieran provocado el cierre definitivo con la pérdida casi total de los valores. Los créditos tuvieron que reaparecer.

Que esta situación no era una mera suposición, sino una realidad, fue la reposición rápida del subsidio de paro para evitar que la convulsión económica fuera más profunda.

Había actuado con toda intensidad la Ley pendular tan característica en nuestro pueblo. Al proceso digamos escandaloso, que justificó la intervención del poder, de una inflación, que amenazaba con destruir toda nuestra economía con todas las secuelas que aquello iba a suponer, se reaccionó fulminantemente en sentido contrario, sin tener en cuenta que cuando la estabilización actúa en esta forma produce efectos casi similares a la inflación y exige igual que ésta, otra rápida intervención para que la economía no sufra un colapso que en este caso sería definitivamente fatal, por llevar el signo de irrecuperación debido a paralización funcional de los elementos productores.

Las medidas drásticas no suelen reportar muchas ventajas; por ello es preferible que cuando se aprecian síntomas de una patología económica se procure serenamente encontrar una solución basada, apoyada en la técnica económica y aplicándola de tal manera que se lesionen los menos intereses posibles.

La estabilización es siempre una medida elogiable, ya que sin ella no puede iniciarse ningún movimiento de ordenación económica. Y es elogiable aun en los casos en que las circunstancias aconsejen una actuación violenta. La estabilización es un frenazo y como frenazo debe detener el

vehículo, bien sea con majestuosa suavidad, fruto de una preparación madura, o bien con fuertes sacudidas, con daños al vehículo, si se hace precipitadamente, pero que debe lograr su fin si no se quiere que se destruya totalmente.

Estabilizando una moneda con potencial adquisitivo deficitario, observaréis un movimiento econométricamente interesante, ya que no se nos dará el desarrollo normal de una curva, sino que se presentarán una serie de oscilaciones de distinto signo, las primeras positivas, que infundirán en todos los ánimos, una sensación de euforia para sucederle seguidamente puntas de tipo negativo, cada vez más frecuentes, que inician los estados depresivos y que empujan hacia un alza de precios y que exigen porque es una ley de compensación que el potencial adquisitivo sea incrementado. Así nace la reactivación que no es otra cosa que una elevación nivelante de salarios. Pero así como en el estabilizar por frenazo suave hubiera sido fácil el reajuste, ahora, cuando el proceso económico exige una reactivación, se presenta el grave problema del alza de precios, que hay que resolver con gran tacto, para no volver a dejar a la fuerza productora en la difícil situación de reponer sus stocks. En estos momentos es cuando el Estado ha de considerar muy serenamente las medidas a tomar rehuendo siempre los especuladores golpes de fuerza.

#### IV. LOS SECTORES DE LA ACTIVIDAD ECONÓMICA

La actividad económica es la vida de un país. Y en esta actividad concurren todos los sectores. El privado, con su integrante de productores y empresarios y el público, cuya misión es velar para que la actividad se desarrolle en un plan armónico. Hay que huír tanto como sea posible de la economía dirigida. Esto se puede realizar cuando un país está bajo el efecto de convulsiones sociales o políticas, cuando haya una subversión de valores, pero cuando el país va recuperando en un período de paz su fisonomía normal, deban dejarse actuar los estímulos que no son otros que la libre concurrencia. Es entonces cuando los industriales y comerciantes se aprestan a mejorar sus producciones y sus precios, sus calidades y sus presentaciones y es entonces cuando entra en función la productividad, no por aplicación de sus sistemas o teorías importados muchas veces, no aplicables en el medio en que se desarrollan, sino que la productividad, otro vocablo que no es nuevo, ya que lo utilizó hace años Adam Smith,

se obtiene “per se”, es decir, por necesidad imperiosa de la presión externa. No cabe duda que el industrial, que el comerciante que conoce por intuición a sus productores, sin recurrir a fórmulas estereotipadas, introduce con asentimiento general de sus empleados, mejoras, sistemas, procedimientos que ponen a la empresa en situación de afrontar las ofensivas de la competencia y salir triunfante.

Y hablemos algo del sector público sin pretender introducirnos en su organización como lo hace el informe del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, sino en sus relaciones con el sector privado. Queremos aquí afirmar que su acción será tanto más efectiva cuanto más identificado esté con dicho sector. No ha de perder nunca de vista que no se puede matar a la gallina de los huevos de oro, hay que mimarlo, hay que tratarlo como él se merece, teniendo en cuenta que es del sector privado que vive el sector público y si nadie encontraría lógico que el comerciante arremetiera contra sus propios clientes, tampoco es lógico que un sector actúe con respecto al otro como un ente desconocido.

Y aquí quiero recoger lo que ya se ha dicho en esta Academia, en dos conferencias consecutivas, cuando se proclamaba la necesidad de expresar la verdad en la historia de la vida mercantil del comerciante o industrial.

Lo indicaron nuestros insignes compañeros y querría sobre ello puntualizar un poco más. Hay que llegar a decir la verdad; y nos preguntamos usando la misma frase que se pronunció hace casi dos mil años, en el momento solemne de decidir sobre la vida de un Hombre-Dios. ¿Qué es la verdad? Si examinamos la postura del hombre de negocios, decimos ahora — antes nadie se atrevía a pronunciar públicamente tal afirmación —, que no dice la verdad. Sí señores, así llanamente. No dice la verdad. Y como la verdad se debe decir a alguien, demuestra que el hombre de negocios no tiene ninguna confianza con este alguien. De lo contrario obraría de distinta manera. Y sigamos preguntando al hombre de negocios. ¿Por qué no tiene confianza? Cuando son varios y no uno solo que adoptan una misma postura, algunos motivos colectivos habrán. Y estos motivos deberán obedecer, sin duda alguna, a exigencias de tipo económico.

La labor, pues, del Poder Público es el encontrar una fórmula que pueda resolver satisfactoriamente el problema. Estudiar la actualización de los activos: facilitar las amortizaciones, ajustar las tasas de beneficios y otros impuestos a Presupuestos serenamente estudiados, etc., medidas, to-

das ellas que probablemente devolverían la confianza al contribuyente, convirtiéndole entonces en lo que realmente significa esta sugestionadora palabra *contribuyente*.

## V. CONSIDERACIONES SOBRE LA COMUNIDAD ECONÓMICO EUROPEA

Y no queremos dejar de tratar en esta conferencia de lo que llamamos la obsesión del Mercado Común. Aquellos discursos ministeriales que se pronunciaron al iniciar la estabilización, sobre la necesidad de reorganizar nuestras fuerzas para nuestro ingreso en el Mercado Común, han penetrado tan profundamente que han constituido para muchos una verdadera obsesión. Y permitidme: hasta las amas de casa, de vez en cuando, preguntan intrigadas si entraremos en el Mercado Común. Sobre ello, señores, querría hacer algunas observaciones para despejar, para eliminar algunos temores nacidos por causa de esta misteriosa institución, que sólo abre las puertas a las naciones que consideran de su clan.

El Mercado Común, es la Comunidad Económica Europea. Con este nombre se constituyó en 1957 y si se consideran sus objetivos, por cierto ambiciosos, veremos que esta unión en principio fue una unión de defensa. Sus raíces arrancan de la institución que dichos estados crearon en 1948 la OECE. En el fondo la idea predominante nació en Francia al comprobar el incremento industrial que se operaba en la Alemania Occidental a pesar de haber sido sometida a la destrucción de la guerra. Producción y venta en común.

Paralelamente a ella y con el afán nobilísimo de evitar en lo sucesivo el desencadenamiento de conflagraciones como la que se acababa de sufrir, se pensó en la primitiva idea de los Estados Unidos Europeos.

Así, con aquella idea nacida de la extinguida Sociedad de Naciones, se firmó el tratado de Roma, de la Comunidad Económica Europea. Pero en la Comunidad Económica Europea han de presentarse forzosamente divergencias surgidas de las concepciones políticas y ordenadoras de cada nación y esto necesariamente producirá, al menos durante bastante tiempo, una inseguridad general.

Seis naciones, que ya son muchas, podrán lograr económicamente una perfecta coincidencia para formar o constituir una asociación para la explotación de sus negocios en común, pero sus sistemas de régimen interior, si no sufren variación cambiarán la estructura interna de los valores

económicos, salvo en el caso de ir a la unidad política. Sin ello creemos muy aventurado el emprender estas asociaciones de intereses, pues difícilmente ningún estado querrá desprenderse de sus industrias básicas ni permitirá que sus fábricas se cierren, por producir en mejores condiciones, otras del mismo ramo de una nación asociada. Y ante la libertad de circulación de personas, mercancías y capitales que preconizan las bases de la Comunidad, este fenómeno económico deberá producirse indefectiblemente.

Un período de adaptación largo, doce años, fue el establecido para dar por perfeccionado el tratado que entraría en vigor en todos sus extremos. Sin perjuicio de futuras prórrogas si fueran necesarias para el completo desarrollo del plan.

Los conspicuos en materias económicas ya han podido observar cómo a pesar de ser sólo seis los miembros firmantes del convenio y de haber proyectado la unión, ha habido ya entre ellos ciertas fricciones que, por tratarse de un período inicial, han podido ser fácilmente soslayadas, por la poca trascendencia que tales discrepancias suponían en aquellos momentos; pero a medida que se vaya avanzando en el plan, no cabe duda que las nacionalidades hoy adormecidas volverán a resurgir y de no constituir definitivamente una unión política, no creemos posible que ningún Estado se resigne a la influencia de otros países en sus asuntos internos.

Acabamos de presenciar hace pocos días cómo, inesperadamente, un Jefe de Estado mientras se estaba deliberando sobre la posible entrada de Inglaterra, se levantó para oponer su veto y a pesar de la completa unanimidad de los otros cinco, debieron ser suspendidas las negociaciones. En principio demuestra que estas uniones, forzadas por un móvil distinto del que se expone tendrán un período más o menos largo de vida pero salvo raros casos será difícil que lleguen a la plenitud del desarrollo previsto. Más fuerte que una Sociedad de Naciones no creemos pueda existir; pero todos sabemos que no resulta muy tranquilizador el contemplar o mejor el analizar los tristes espectáculos que se están presenciando, en sus reuniones, donde se echa de ver, aunque no se quiera, que el poder de las armas o la potencialidad económica todavía priva y se relega la justicia a un segundo o tercer lugar.

He aquí, señores, el porqué consideramos que puede calificarse una obsesión, una preocupación demasiado intensa, el que toda nuestra actividad la condicionemos al resultado que se pueda obtener de nuestra peti-

ción de ingreso al Mercado. Nosotros entendemos que la gran preocupación de España debe ser la recuperación de todos los Mercados; el trabajar como ella sabe hacerlo cuando quiere y confiar, y esto lo subrayo, en su propio poder creador. Me da pena, señores, que para trazar un plan de desarrollo hayamos tenido necesidad de llamar a unos expertos extranjeros y que éstos en su primera manifestación señalen que España puede recuperarse casi sin ayuda alguna.

La aproximación al Mercado Común nos exige, como reiteradamente han manifestado los Ministros, una revisión de costes que nos acerquen o igualen a los que ellos tienen establecidos, para poder alternar con ellos. Pero no olvidemos que como bendición de Dios, se nos ha abierto un caudal de divisas tan importante, que se habla en los discursos públicos, de que nos posibilitan para afrontar serias importaciones que antes hubieran sido prácticamente imposibles. Y no vayamos a creer que esta venta de materias primas transformada en turismo, lo hagan para visitar nuestros monumentos y escudriñar nuestra historia, no; algunos lo harán, es verdad, pero la realidad es que estos turistas vienen a vivir con nosotros, es decir, vienen a comer y a vestirse y descansar a precios notoriamente más baratos que los de su tierra y para darles esto, no se nos exige afinar la productividad, sino servir calidad y de ello ya se cuidan nuestras playas, con sus *boîtes*, con sus cines, con sus diversiones, con sus estrellas y conciertos, con los toros que, por lo que hemos podido comprobar, no resultan tan fieros, ni la fiesta tan inhumana como decían.

La verdad es que todo este renglón se fundamenta precisamente en lo que casi deberíamos suprimir si los elementos del Mercado Común nos hubieran abierto las puertas de par en par.

Pero no debemos perder de vista que la industria del turismo, y le llamamos así por constituir un complejo industrial para producir belleza, comodidades, etc. elabora artículos suntuarios, no necesarios, y dependientes de la voluntad de elementos extranacionales. Por ello sería un imperdonable error que apoyásemos nuestra economía en este capítulo tan codicioso pero también tan deleznable.

Las fuentes de esta riqueza deben utilizarse para proyectar nuestra vida industrial hacia el exterior, hacia la conquista de mercados, para crear en ellos necesidades o satisfagan las existentes, para que, de fallar esta fuente de divisas, quedara compensada con nuestro comercio exterior.

Debemos producir bien, no por el Mercado Común, sino porque pro-

duciendo bien y a precios normales o más bajos que los normales si fuese posible, podamos dirigir la mirada hacia nuestros hermanos de Hispano-América — y aquí está la gran labor de todos, de todos los españoles — en cuyas venas fluye sangre española y sientan y esto se va logrando, un afecto por la madre Patria. Estos mercados, si trabajamos bien, si producimos como se debe y esto lo saben perfectamente realizar nuestros empresarios si les damos medios, estos mercados serán nuestros y en ellos encontraremos la compensación a esta desconsideración inconcebible que tienen ciertas naciones hacia nuestra patria.

## VI. EL CONCEPTO DE LA ACTIVIDAD ECONÓMICA

Por ello señores, creemos que todo este vasto plan, todas estas medidas que quieren tomarse que tanto honran al que gobierna, deben ser con todo estudiadas y propuestas por los elementos vivientes que reciben el palpitar de las industrias y las ansias de comercio, como son las Cámaras respectivas. Y sobre todo que nos resolvamos (y en esto recojo también el parecer de los expertos extranjeros), a no emprender negocios sin antes habernos asegurado que van a tener su rendimiento y que no se establezcan unos costos en función de unas partidas que no respondan a una realidad. Hace unos días escuchábamos una charla muy humana, sobre unas viviendas construidas en Madrid, por cuyo uso los ocupantes sólo pagarían los gastos de conservación e increpaban a K. que después de mucho alardear en un plan quinquenal no lo había hecho y nosotros un país no comunista, sin necesidad de propaganda lo habíamos llevado a cabo.

En primer lugar no crea valga la pena que gastemos ni una palabra para comparar. Un régimen comunista no debe servirnos de acicate y después diríamos que aunque K. lo hubiera hecho nosotros, fijaos bien, no deberíamos hacerlo. Bellísima es la acción. Estas iniciativas todas ellas llevadas a cabo con un espíritu verdaderamente cristiano, no creo debieran servir como ejemplo.

La caridad (y esto es una caridad), es el complemento de la justicia; pero hay que estudiar, hay que quemarse las cejas para lograr que el productor gane lo suficiente para que pueda pagar lo que consuma, lo que va a usar, y no que de antemano sepa que le hacen un regalo. Él debe ser el administrador de su dinero, de lo que gana y debe saber que lo que gana le da lo necesario para tener un hogar y vivir honradamente



en él. De lo contrario, podemos preguntar: ¿Qué cuesta lo producido por este trabajador? Y fatalmente debemos contestar que no lo sabemos. He aquí el gran problema que desorienta toda la teoría de los costos. Lo más importante para establecer el equilibrio de un país, es decir, consolidar su estabilización, es que todo ciclo económico sea real. Que cada uno pague lo que consume y que se le retribuya con el jornal necesario para que pueda atenderlo. Estamos convencidos que de momento esto originaría una verdadera revolución de precios, pero después podríamos hablar con toda propiedad de la renta nacional. Entonces el trabajador y con este nombre quiero comprender a todos los españoles, podría distribuir, administrar su hacienda y valoraría el esfuerzo que realiza la colectividad. Vería cómo sería más práctico para todos aumentar la productividad con la rebaja de precios consiguiente, ya que entonces actuaría la competencia con toda su intensidad; que estos aumentos de jornales que forzosamente de una manera manifiesta o bien vergonzante fuerzan los precios, serían sustituidos por un abaratamiento general y que los márgenes de beneficio los impondría el libre juego de las fuerzas del comercio, contando con la meritísima labor de todos estos esforzados guerreros que pelean en las avanzadillas de los mercados. El régimen paternalista que se adopta induce a una inhibición de responsabilidad, sabiendo que de un plumazo puede compensarse la falta de preocupación del productor. Entonces se vería la dura tarea, lo difícil que resulta administrar y el triunfar de la buena administración. El Estado por su parte y, cuantos querría un Estado como el nuestro, se preocuparía de lo que no puede hacer el particular, los servicios públicos comunes a la nación, pero no arbitrar fondos para ser consumidos sin pena ni gloria. Entonces, os aseguro señores, que nuestras reservas harían que los que hoy creen que somos incapaces de gobernarnos, nos reconocieran este prestigio que han pretendido no conocer dándonos lecciones de buena administración. España tiene dirigentes, economistas y técnicos de todas clases, suficientemente preparados para encauzar su economía, no de ahora sino de siempre.

El ingreso en España en diferentes organismos de la Comunidad Europea, ha hecho que los representantes de los gobiernos alternaran con los españoles y a su vez han mantenido contacto con el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento. El gobierno español solicitó de ese Banco una Misión investigadora sobre la situación económica de España. Ignoramos el por qué, aunque lo suponemos. Y según la Misión, el infor-

me debe ayudar a la Administración española en la preparación de un plan de desarrollo económico a largo plazo para la expansión y modernización de la economía española elevando el nivel de vida del pueblo español y manteniendo su estabilidad financiera.

El informe de la Misión es altamente aleccionador y prácticamente viene a confirmar el criterio sustentado por los economistas españoles. Pero para que la reconstrucción nacional, en todos sus sectores, pueda realizar esa renovación necesaria, este pasar de una era intervencionista a otra de mayor libertad, se hace preciso que no actúe la ley pendular. Es necesario una serenidad de actuación y dejar que los elementos vivientes al sentirse protegidos inicien la natural recuperación y encuentren los medios para su ulterior desarrollo. Hay que abrir conscientemente la mano de los créditos y orientarlos hacia aquellos elementos que puedan generosamente rentar. Hemos podido comprobar en la letra con satisfacción, que las sucesivas disposiciones estatales, tienden a valorar las opiniones de los organismos representativos del sector privado pero todavía no dan la suficiente beligerancia a los capitanes de la industria y del comercio quienes son, en definitiva, los que han de transformar la economía nacional.

## VII. SERENIDAD

Una mirada retrospectiva hacia el pasado y nos dirá que a pesar de las perturbaciones de todo orden que sufrió nuestra Patria durante tantos años, no impidieron que se pusiera al nivel de las demás naciones.

En estos momentos en que se quiere dar una ordenación total a nuestra economía, es cuando creemos que debemos insistir y pedir una gran serenidad. Ha sido emitido un informe, es verdad, y este informe parece estar destinado a orientar el cambio de nuestra estructura económica. Y lo está realizando; pero tengamos presente que la economía es un elemento vivo y como tal, sujeto a las influencias y a las necesidades de sus células constitutivas. Y sobre todo, no nos dejemos atraer por las cantos de sirena que van sonando a nuestro alrededor. No hagamos jamás coro a lo que no estemos seguros que es para nosotros de una gran utilidad. El ambiente internacional hoy se presta a ello; pero no olvidemos que nosotros, nuestro poder económico, nuestra organización, nuestros sistemas no han variado de un mes a esta parte. Y si hace poco tiempo nos trataban tan desconsideradamente, estos cambios bruscos llamémoslos de política y quizás nunca

estarán bien aplicados como ahora, no los hacen por nosotros, no; los hacen por ellos, por su conveniencia. Ahora cuando más se nos puede cotejar insistimos que debemos más que nunca reforzar nuestra economía; no ser aislacionistas, no; pero sí europeístas por derecho propio, no por gracia de los demás; porque valgamos, porque tengamos unos mercados amplios que jamás puedan depender de la voluntad de otros, que como hemos contemplado, pueden paralizarse en un momento determinado, como un día — que quizás no hemos olvidado — por la propuesta de una sola nación, pues habían transcurrido muchos años después de la terminación de la guerra civil, nos cerraron las fronteras, nos retiraron sus embajadores, pusieron a prueba nuestra resistencia económica, porque señores, éramos un peligro para la paz.

¿Qué hubiera pasado entonces si hubiéramos dependido totalmente de la voluntad de un grupo — que todavía hoy — por uno de sus conspicuos representantes decía, que no ingresaríamos en él, porque los parlamentarios del grupo votarían en contra? Ahora más que nunca, en apretado haz, marchemos hacia nuestra renovación económica, europea, mundial, lo que nos interese; pero en estos momentos como en toda nuestra actuación, no olvidemos la palabra mágica, la que ha de presidir siempre nuestros actos y no nos cansaremos jamás de repetirlo, tanto en los días de gran euforia como cuando nos hagan libar las hieles de la adversidad: Serenidad, serenidad, señores, serenidad.